

CAPÍTULO II

Los mamertinos solicitan el auxilio de los romanos. – Vence la razón de Estado los inconvenientes que había en concederlo. – Su primera expedición fuera de Italia. – Derrota de los siracusanos y cartagineses.

Privados antes los mamertinos, como he dicho anteriormente (año -265), de la ayuda de los de Regio, y turbadas ahora por completo sus miras particulares por las razones que acabo de exponer, unos se refugiaron en los cartagineses, y pusieron en sus manos sus personas y la ciudadela; otros enviaron legados a los romanos para hacerles entrega de la ciudad y suplicarles socorriesen a unos hombres que provenían de un mismo origen. Este apunto dio que deliberar por mucho tiempo a los romanos. Parecíales estaba a la vista de todos la sinrazón de tal socorro. Reflexionaban que haber hecho poco antes un castigo tan ejemplar con sus propios ciudadanos, por haber violado la fe a los de Regio, y enviar ahora socorro a los mamertinos, reos de igual delito, no sólo con los mesinios sino también con los de Regio, era cometer un error de difícil solución. No ignoraban la fuerza de esta inconsecuencia; pero viendo a los cartagineses, no sólo señores ya del África, sino también de muchas provincias de España, y dueños absolutos de todas las islas del mar de Cerdeña y Toscana, temían, y con fundamento, que si a estas conquistas añadían ahora Sicilia, no viniesen a ser unos vecinos demasiado poderosos y formidables, teniéndoles como bloqueados, y amenazando a Italia por todas partes. Que de no socorrer a los mamertinos pondrían prontamente esta isla bajo su obediencia, no admitía duda alguna. Puesto que apoderados de Mesina, que sus naturales les ofrecían, no tardarían en tomar también Siracusa, cuando ya casi todo lo restante de Sicilia reconocía su dominio. Previendo esto los romanos, y juzgando que les era preciso no desamparar a Mesina ni permitir a los cartagineses que hiciesen de esta isla como un puente para pasar a Italia, tardaban mucho tiempo en resolverse.

El Senado tampoco se atrevía a decidir, por las razones que hemos apuntado. Juzgaba que tanto en la injusticia del socorro de los mamertinos, como en las ventajas que de él podrían provenir, militaban iguales razones. Pero el pueblo, agobiado por una parte con las guerras precedentes, y deseando de cualquier modo el restablecimiento de sus atrasos; por otra haciéndole ver los pretores, a más de lo dicho, que la guerra, tanto en común como en particular, traería grandes y conocidas ventajas a cada uno, determinó enviar el socorro. Expedido el plebiscito (año -264), eligen por comandante a Apio Claudio, uno de los cónsules, y le envían con orden de socorrer y pasar a Mesina. Entonces los mamertinos, ya con amenazas, ya con engaños, echaron al gobernador cartaginés, por quien estaba ya la ciudadela; y llamando a Apio, le entregaron la ciudad. Los cartagineses, creyendo que su gobernador había entregado la ciudadela por falta de valor y de consejo, le dan muerte en la cruz; y situando su armada naval junto al Peloride, y su ejército de tierra hacia las Senas, insisten con esfuerzo en el cerco de Mesina.

Al mismo tiempo Hierón, creyendo que se le presentaba buena ocasión para desalojar enteramente de Sicilia a los bárbaros que ocupaban a Mesina, hace

alianza con los cartagineses, mueve su campo de Siracusa y toma el camino de la susodicha ciudad. Acampado a la parte opuesta, junto al monte Calcídico, cierra también esta salida a los sitiados. Entre tanto Apio, general de los romanos, atravesando de noche el estrecho con indecible valor, entra en Mesina. Pero advirtiendo que los enemigos estrechaban con actividad la ciudad por todas partes, y reflexionando que el asedio le era de poco honor y mucho peligro, por estar los enemigos señoreados del mar y de la tierra, envía primero legados a uno y otro campo, con el fin de eximir a los mamertinos del peso de la guerra. Pero no siendo escuchadas sus proposiciones, la necesidad al fin le hizo tomar el partido de aventurar el trance de una batalla y atacar primero a los siracusanos. En efecto, saca sus tropas y las ordena en batalla, a tiempo que Hierón venía determinado a combatirle. El combate duró largo tiempo; pero al cabo Apio venció a los contrarios, los persiguió hasta sus trincheras y, despojados los muertos, retornó otra vez a la ciudad.

Hierón, pronosticando mal de lo general de sus negocios, llegada la noche, se retiró precipitadamente a Siracusa. Al día siguiente Apio, que advirtió su huida, lleno de confianza, creyó que no debía de perder tiempo, sino atacar a los cartagineses. Dada la orden a las tropas de que estuviesen prevenidas, las saca al romper el día y, cayendo sobre los contrarios, mata a muchos y obliga a los demás a refugiarse rápidamente en las ciudades circunvecinas. Bien se aprovechó después de estas ventajas; hizo levantar el sitio de la ciudad; corrió y taló libremente las campañas de los siracusanos y de sus aliados, sin atreverse ninguno a hacerle frente a campo raso; y por último, acercó sus tropas y emprendió el poner sitio a Siracusa.

Tal fue la primera expedición de los romanos con su ejército fuera de Italia, por estas razones y en estos tiempos. La cual considerando yo ser la época más conocida de toda la historia, tomé de ella principio, recorriendo a más de esto los tiempos anteriores, para no dejar género de duda sobre la demostración de las causas. Porque para dar una idea a los venideros por donde pudiesen justamente contemplar el alto grado del poder actual de los romanos, me pareció conveniente el que supiesen cómo y cuándo, perdida su propia patria, comenzaron a mejorar de fortuna; asimismo en qué tiempo y de qué manera, sojuzgada Italia, emprendieron extender sus conquistas por defuera. Y así no hay que admirar que, teniendo que hablar en lo sucesivo de las repúblicas más célebres, recorramos primero los tiempos anteriores. En el supuesto de que esto lo haremos por tomar ciertas épocas de donde fácilmente se pueda conocer de qué principios, en qué tiempo y por qué medios haya llegado cada pueblo al estado en que al presente se halla, así como lo hemos ejecutado hasta aquí con los romanos.